

¿Cómo cambia la teoría psicoanalítica?¹

Guillermo Mattioli

Resumen

En este artículo sugiero la hipótesis de que algunas diferencias entre las teorías psicoanalíticas o algunos cambios ocurridos en las mismas puedan deberse a diferentes concepciones sobre la psicología, o sobre el funcionamiento psicológico general del ser humano, no sólo sobre sus síntomas. Más específicamente aún, la teoría cambia al cambiar alguna intuición básica sobre lo psíquico.

Hace unos meses, al día siguiente de comenzar a redactar esta comunicación, que pensaba titular «Qué queda de la teoría psicoanalítica» encontré la referencia de un artículo de Wisdom (1984) titulado exactamente así. En justicia entonces, y como un homenaje a su obra comenzaré por un comentario de éste. Agradezco de paso la oportunidad que tuve de precisar mejor mi confusa idea original lo que me llevó a ponerle otro título a este artículo.

Según Wisdom, Freud es para la psicología como un personaje mixto entre lo que fueron Galileo y Newton para la física, y cuya contribución fue decisiva para la comprensión filosófica del hombre como un animal ambivalente. Así la existencia del inconsciente es valorada como una defensa darwinianamente necesaria para el desarrollo de la sociedad humana, basada en la ambivalencia y al mismo tiempo amenazada por ésta.

Sumariza Wisdom los aportes posteriores, con mención especial para Jones, Klein, Fairbairn y Bion, excusándose de no saber nada de Lacan, aunque lo asegura básicamente freudiano. Se explaya asimismo sobre las diversas tópicas del inconsciente, «cuyo estatuto científico es como el de aquellos conceptos altamente abstractos de la física que *jamás* podrán ser verificados mediante la observación directa». Confiesa ignorar también nuestro autor cómo se podría verificar o falsar la universalidad del complejo de Edipo, en su versión ampliada por la ambivalencia, y señala una incomodidad en la teoría para hacer coexistir en el aparato psíquico las áreas que incluyen relaciones

objetales con las que no las incluyen, para lo cual propone un diseño mixto de Klein y Fairbairn. Critica finalmente a los que pretenden una constancia en la teoría que de ninguna manera posee, necesitando ésta por el contrario ser modificada periódicamente.

Al igual que Wisdom, muchos otros Wisdom han dicho, y la historia lo demuestra, que los autores son altamente resistentes a permitir transformaciones en sus teorías (lo cual tiene también sus ventajas, como lo demostró Kuhn), y el psicoanálisis no es una excepción. Klauber (1981) refiriéndose a las consecuencias de la identificación con el padre del psicoanálisis, sugirió que los analistas no hemos aceptado plenamente la muerte de Freud, lo que se traduce ya en inhibiciones intelectuales ya en la dificultad para percibir lo transitorio de las teorías científicas y filosóficas, incluida la de Freud. Thomä y Kächele (1989) encuentran en esta hipótesis de Klauber la explicación de por qué la rigidez y la rebelión corren tan juntas en las instituciones psicoanalíticas, acompañadas de una preocupación crónica por la propia identidad, posible expresión del progresivo y desolador sentimiento de no poder contar ya con la identificación a Freud para arbitrar ante los cambios. La misma hipótesis sobre la inaceptación de la muerte del padre fundador podría hacerse extensiva al lacanismo.

Ahora, si incrementamos en clave lacaniana la eficacia del padre una vez muerto deberíamos interrogarnos por la clase de padres que deseamos tener, o cesar en la búsqueda de arbitrajes en nuestros progenitores y soltarnos con rigurosa alegría a inventar lo que nuestros pacientes nos sugieran, siguiendo el brillante ejemplo de algunos, tales como Winnicott, Searles o el mismo Lacan.

En las últimas décadas, las controversias han girado alrededor de dos disyunciones sostenidas como excluyentes: ciencia versus hermenéutica y metapsicología versus teoría clínica. En mi opinión, detrás de estas alternativas se encuentran las cuestiones *científicas* de la verdad psicológica y de la psicogénesis. Podemos seguir con provecho los despliegues de la artillería argumental de todos los

bandos en Strenger (1991) y en los mencionados Thomä y Kächele. El primero se inclina finalmente por una solución hermenéutica mejorada científicamente a la Lakatos al proponer al psicoanálisis como un programa de investigación y los segundos por la crítica y sustitución de la metapsicología freudiana por la teoría clínica, aceptando en todo caso una «hermenéutica tecnológica» muy atenta a los requisitos de control empírico y metodológico de la eficiencia terapéutica. En un artículo anterior (Mattioli, 1995), ya me he referido a esta dialéctica de difícil síntesis entre ciencia y hermenéutica en que se encuentra el psicoanálisis.

¿Qué se ha hecho de la transferencia y la resistencia, aquellos dos rasgos esenciales que Freud le atribuía al psicoanálisis?

La resistencia, de cuya superación dependía el acceso a lo inconsciente, ha ido evolucionando hasta convertirse en la lacaniana resistencia del analista, fertilísima idea que permite tender un puente entre el psicoanálisis y la hipnosis ericksoniana por un lado, y las terapias sistémicas por el otro,² una vez que éstas hayan acabado de hacer la autocrítica de su también pionero concepto de homeostasis, equivalente en sistémica a la resistencia en psicoanálisis.

La transferencia, de ser una emanación espontánea del paciente, también se ha ido moviendo hasta ser un producto de la contratransferencia del analista, al mismo tiempo que la clásica neurosis de transferencia ha sido ya declarada lista para la jubilación (Cooper, 1987). ¿Qué hay en el trasfondo de estos cambios, más allá de su corrección teórica y clínica?

Freud vivió toda su vida entre su psicología de lo cualitativo y su metapsicología de ideal cuantitativo, entre el sentido autocontradictoriamente finalista de todo acto psíquico y su inercia a considerar científicas las explicaciones basadas en las diferencias cuantitativas de las fuerzas en acción. Nietzscheano a pesar suyo, brindó sin querer las bases psicológicas de la voluntad de poder, bellísima metáfora sobre los deseos en su singularidad final y resto inrestable de las cantidades pulsionales.

Resulta notable ver que es el punto de vista económico el que peor ha sobrevivido a las transformaciones de la teoría psicoanalítica. La metapsicología freudiana se ha caído justamente por el pilar en el que mayores esperanzas había puesto Freud, aquel por medio del cual aspiraba a hacer entrar su psicoanálisis en las ciencias naturales. No está de más recordar que al final de su

vida, perdido ya el optimismo inicial respecto de su programa terapéutico Freud soñaba con que la solución vendría del estudio de las hormonas, pero desde Rapaport hasta Lacan, desde hermeneutas hasta adherentes al *modernist point of view*, en general todos se enrolan en la inutilidad del concepto económico, haciendo buena retrospectivamente la concepción nietzscheana de la mente como irreductible a la homogeneización matemática cuantitativa de las fuerzas, vale decir de los deseos. Y mientras tanto, ¿qué está pasando en la psicología? (Rivière, 1991).

Es posible que el tema más grande que arrastra el psicoanálisis por resolver sea el de la causalidad psíquica. A los cañonazos inductivistas contra el *insight* y el *tally argument* se alternan las cargas de la caballería narrativa enarbolando las razones y los estados mentales contra las causas. Cada teoría y cada autor importante defienden su psicogenética, incluso Lacan, a quien mientras reniega de toda posibilidad de psicogénesis al final se le filtra una (Mattioli, 1998).

Cuando los hermeneutas pretenden que el psicoanálisis no trata con causas sino con razones o motivos (llamando así a las causas que el paciente mismo considera como tales) intentan quitar el suelo debajo de los Grünbaum (1984) que atacan la teoría etiológica freudiana y al *insight* como su toma de conciencia. En el momento en que Strenger, siguiendo a Davidson, pretende demostrar que incluso los motivos son causas, ya no al modo de las ciencias naturales sino al del historiador o del jurista, está intentando retornar el psicoanálisis al campo de las causas, aunque sea dentro de la dimensión del *principio de humanidad* que sostiene que aunque los humanos seamos tan diferentes todavía nos parecemos lo suficiente entre sí como para resultarnos mutuamente inteligibles.

Cuando propongo que consideremos a la psicología como el contexto teórico natural del psicoanálisis no creo hacer más que reconocer una trivialidad, pidiendo sólo que se extraigan de ello las consecuencias necesarias. Para bien o para mal, el psicoanálisis y la psicología académica se han buscado las cosquillas desde el principio (Fierro, 1990) pero ésta no es la norma como encontramos en Erdelyi (1987). ¿Acaso alguien dudaría de que el análisis quiere ser una empresa cognitiva?

La hipótesis que sugiero es que las distintas teorías psicoanalíticas difieren en la intuición de base sobre la psicología general, no sólo sobre el enfermar sino también sobre la salud, y cuando un concepto teórico o técnico cambia es porque se ha modificado su intuición, o dicho en lenguaje más

moderno, su metáfora favorita sobre la mente, sus problemas y sus soluciones. El inconsciente freudiano, el kleiniano y el lacaniano difieren en sus teorías sobre la representación, y un análisis fino tal vez arrojaría que a veces no difieren tanto, como por ejemplo en el predominio de lo visual como pacificador y organizador de lo sensorial tanto en Klein como en Lacan.

Veamos algunos ejemplos muy grandes:

1. La teoría del analista como pantalla en blanco adolece de las carencias que ahora encontramos en la teoría de la percepción imperante en la época freudiana. Con un cambio en la teoría de la percepción, promovida principalmente por la obra freudiana, ya nadie espera que el analista sea tan transparente y todos aceptan que lo que pasa en sesión está influenciado por el analista.

2. Muy en el espíritu del giro lingüístico Lacan privilegió el valor del significante, al que subordinó el significado. Promocionó entonces a lo simbólico y a lo real del cuerpo, y relegando lo demás, en especial el pensamiento, al saco demasiado extenso de lo imaginario en su papel de mediador entre ambos. Con el desarrollo de la psicología disponemos ahora de un enfoque que nos permite estudiar el pensamiento en su independencia del lenguaje, sin dejar de reconocer en el instinto del lenguaje (Pinker, 1994) la característica humana por excelencia.

3. Representaciones de cosa y de palabra, elementos alfa y beta, emociones profundas, ¿son diferentes teorías de la representación? Para dilucidar esta cuestión necesitamos la ayuda de la psicología.

4. Un último ejemplo de cambio y rectificación. Relata Strenger que Kernberg criticó la teoría kleiniana de las fantasías persecutorias tempranas sobre la base piagetiana de que en el primer medio año de vida se carece de la distinción entre *self* y *no self*. El trabajo de Piaget era de 1953 y desde entonces la crítica de Piaget ha devuelto su base a la hipótesis kleiniana, al menos demostrando que la diferenciación *self* - *no self* y la consiguiente relación de objeto son mucho más precoces de lo que aquel pensaba (Karmiloff-Smith, 1992). También Lacan había criticado ya mucho antes la teoría de la indiferenciación piagetiana, distinguiendo entre relación imaginaria y simbólica.

Como ejemplos, y aunque pintados con brocha gorda, estos pocos ya bastan. Ahora, una pregunta final ¿Y por qué la psicología? Algunos pensarán que he elegido a la más fea para bailar. Pese a Freud, (que siendo médico se quería psicólogo de las

profundidades) el psicoanálisis siempre se ha considerado más cerca de la filosofía. ¡Es tan honroso codearse con Descartes, Kant, Hegel, Heidegger y Cía! Pero me parece que no tenemos demasiadas opciones, o buscamos una teoría empírica de la realidad psíquica, su funcionamiento y su génesis, aceptando que incluso haya varias, o una con variantes o nos veremos abocados a posiciones como las de Kohut (1984), a quien finalmente le daba igual el pecho malo que la falta de un buen *mirroring selfobject*, o sea cualquier teoría incluida la suya mientras que el analista supiera transmitir al paciente un profundo mensaje de comprensión humana.

Al incluirse en la lista como cualquier otro, Kohut estaba dando un ejemplo de antidogmatismo y promocionando el profundo mensaje humano al primer lugar de los factores terapéuticos, pero incluso comprendiendo esta posición no llego a estar de acuerdo. Desde luego que sin esta comprensión, que no es patrimonio de ninguna escuela, tampoco seríamos analistas, pero resulta que hasta la misma comprensión humana —es decir, el retorno de aquella capacidad de adjudicar a los otros emociones y conflictos semejantes a los que nos resultan tan evidentes en nosotros mismos— necesita de su justificación epistemológica y de su control técnico. Tampoco digo que a Kohut le falte control técnico, y en su favor puede decirse que también Melanie Klein colocaba la empatía en la base de sus hallazgos clínicos, pero al subordinar toda teoría a la comprensión humana podemos caer en la tentación de querer convertirnos para nuestros pacientes en ideales, en este caso ideales de sabiduría autopardonante.

No sugiero más, pero tampoco menos. Las verdades científicas son verdades modestas, transitorias y siempre revisables. La psicología ya ha dado algunos pasos interesantes, dejando atrás su fascinación por la consciencia introspectiva y también por la conducta como el prototipo de la objetividad. El psicoanálisis, que lo revolucionó casi todo puede perfectamente reclamar un lugar dentro de una psicología clínica que ha contribuido sólidamente a crear, sin angustias de identidad pero también dispuesto a aprender de la ciencia psicológica.



Guillermo Mattioli

Paseo San Gervasio 8, Entlo 3º
08022 Barcelona
Tel. 93.418.69.91
logos@comb.es

Notas

1. Comunicación presentada en IPSI. Segundo Coloquio Interdisciplinar, Transformaciones: Psicoanálisis y Sociedad. Barcelona, Febrero 2000.
2. Con toda seguridad que no son los únicos puentes que se pueden tender aquí, pero son los que yo he explorado en detalle.

Bibliografía

- COOPER, A.M. (1987) «The transference neurosis: a concept ready for retirement» *Psychoanalytic Inquiry*, 7:569-585.
- ERDELYI, M.H. (1987) *Psicoanálisis: la psicología cognitiva de Freud*. Barcelona, Labor.
- FIERRO, A. (1990) «Psicoanálisis y Psicología Objetiva». En MORENO, B. (ed.) *Psicología Clínica y Ciencia*, Málaga, Litoral.
- GRÜNBAUM, A. (1984). *The Foundations of Psychoanalysis, a philosophical critique*. Berkeley, University of California Press.
- KARMILOFF-SMITH, A. (1992) *Beyond Modularity*, cap. 1. Massachusetts, MIT.
- KLAUBER, J. (1981) *Difficulties in the analytic encounter*. Nueva York, Aronson.
- KOHUT, H. (1984) *How Does Analysis cure*. Chicago, University of Chicago Press, p.94.
- MATTIOLI, G. (1995) «Psicoanálisis, ¿ciencia o hermenéutica?» *Tres al Cuarto* n° 5. Barcelona.
- MATTIOLI, G. (1998) «El Inconsciente lacaniano y la psicogénesis». Barcelona, *Intercambios, papeles de Psicoanálisis*, N° 1, pp.43-47.
- PINKER, S. (1994) *The Language Instinct*. Londres, Penguin.
- RIVIÈRE, A. (1991) *Objetos con Mente*. Madrid, Alianza.
- STRENGER, C. (1991) *Between Science and Hermeneutics*. Madison, International Universities Press.
- THOMÄ, H. Y KÄCHELE, H. (1989) *Teoría y práctica del psicoanálisis*. Barcelona, Herder.
- WISDOM, J.O. (1984) *¿What is left of psychoanalytic theory?* *International Review of Psychoanalysis*, 11:313-326.